

BREVE CUENTO PARA LEER EN MAYO

Por Tete Rivera

Había una vez un pequeño pueblo ubicado en la intersección de la Av. hemisferio sur y la Av., Hemisferio Norte, era un pueblo sencillo pero tenía el río más hermoso de toda la región y la montaña más cercana a las estrellas. En aquel bello lugar solo vivían 17 familias, entenderán por lo tanto que las cosas eran bastante básicas; había solo dos empresas, una que se dedicaba a producir vestimenta y otra encargada de la construcción y la reparación de las casas, plazas y puentes del pequeño pueblo; también había una tienda de víveres, que proveía de alimentos a los pobladores, y un banco, donde las personas guardaban su dinero y al que le pedían prestado.

Entre las 17 familias habían elegido a un gobernante y le habían encargado administrar el pequeño pueblo y velar por el bienestar de todos. Las familias que no eran propietarias de la tienda, las empresas o el banco trabajan para ellas, algunas cultivaban los vegetales y cuidaban los animales que se vendían en la tienda de alimentos; otras confeccionaban la ropa y el calzado que producía y comercializaba la empresa de vestimenta, y las sobrantes trabajan en las obras de construcción y reparación de la empresa constructora, y atendiendo a los clientes del banco.

Aquel lugar, habría atravesado hace solo 20 años una grave crisis que los había llevado a abandonar su preciada moneda, el “Mariscal (~~M~~)” y los había obligado adoptar una moneda de un pueblo extranjero ubicado muy al norte, el “Washington (~~W~~)”. La opinión sobre el cambio de la moneda estaba bastante dividida entre las 17 familias del pueblo; aunque siendo sincero los argumentos de un bando y de otro, a veces se reducían a trivialidades.

Por ejemplo, una vez un grupo de familias hizo una fiesta por el aniversario del *Washington*, y los invitados que hablaban por micrófonos decían que adoptar la nueva moneda había sido una importante decisión para el pueblo, especialmente porque esas inscripciones en inglés y latín que venían en los billetes y en las monedas metálicas, hacían ver a la economía del pueblo más elegante de lo que era antes.

Ese mismo día hubo una protesta afuera de la fiesta, por parte de las familias que añoraban al *Mariscal*, las cuales decían que no estaba bien que celebren por la adopción del *Washington*, porque cuando eso sucedió, muchas personas entristecieron, enfermaron y murieron, al enterarse que las pequeñas cantidades de dinero que tenían en *mariscales* habían desaparecido con la conversión al *Washington*; porque como muchos saben, cuando se cambió la moneda, por cada 25 *mariscales* que tenía una persona, se le dio 1 centavo de *Washington*. Pero esto no era lo único que decían las personas que protestaban, también gritaban muy enojadas, que no era verdad que el *Washington* fuese una moneda más elegante que el *Mariscal*, porque es bien conocido, que la efigie del *Mariscal* era la efigie de un héroe victorioso que contagiaba de orgullo a cualquiera que la vea.

Sin embargo, a pesar de que quienes discutían, siempre eran personas grandes, no siempre sus peleas se centraban en cosas tan tontas, como la elegancia de otros idiomas o en los perfiles de nuestros héroes; en ocasiones, habían discusiones más interesantes; existía un bando que afirmaba que gracias a la estabilidad del *Washington* se superó la crisis de hace 20 años, y otro, que negaba aquello respondiendo que con el *Mariscal* los precios de los productos eran más atractivos para los vecinos de otras ciudades, además de que permitía que las 17 familias prefieran comprar en el pueblo y no ir a gastar su dinero en otros caseríos más al sur o más al norte. Pero indistintamente de quien tenga la razón respecto a cuál moneda es más elegante; lo

importante para esta historia es que quede claro que en el pequeño pueblo no hay una moneda propia, sino una que vino del norte.

Sobre el resto de las cosas, en realidad su explicación es bastante sencilla, hay unas pocas familias que son dueñas de la tienda, la fábrica de vestido, la empresa de construcción y del banco; las restantes familias trabajan para esas empresas. A fin de mes los propietarios les pagan, a sus trabajadores, un salario en *washingtons*; una parte de estos salarios va a parar en el banco, porque como todos saben a los trabajadores les gusta ahorrar; el banco guarda el dinero en su caja fuertes de concreto y hierro, y a veces lo saca para prestárselo a otras personas que lo necesitan, a cambio de una comisión llamada interés.

La otra parte de sus salarios, los trabajadores la gastan comprando cosas en la tienda de víveres, ropa en la fábrica de vestimenta, o arreglando algún desperfecto de sus cabañas o pagando el dinero que el banco les prestó, que como antes se explicó, proviene del salario de sus compañeros.

Por último, el gobernante, que como ya se dijo fue elegido por las 17 familias para administrar la ciudad y velar por el bienestar de los habitantes de las cabañas; es el que tiene la responsabilidad de vender una serie de extrañas cosas que salen de la tierra y que nadie sabe quién las puso ahí. El dinero que obtiene por la venta de esas cosas, el gobernante debe usarlas hacer escuelas, hospitales y parques; porque como todos deben saber ni las tiendas, ni los bancos, ni las fábricas de ropa o construcción, saben educar, sanar o hacer divertir a las personas. Pero a diferencia de lo que se puede creer, la construcción de escuelas, hospitales y parques también es beneficioso para la tienda, las empresas y el banco, porque ellos serán a quienes contrate el gobernante para tales obras.

Así, por ejemplo, la empresa de construcción se encargar de verter cemento y hacer las paredes y las losas de las escuelas, los hospitales y los parques; la tienda de víveres será la que venda la comida para los desayunos, almuerzos y cenas de los niños y jóvenes que van a las escuelas, y los pacientes de los hospitales; por su parte, la empresa de vestimenta, hará los uniformes de los estudiantes, y las batas de los doctores, enfermeras y pacientes; y por último, el banco se encargará de guardar el dinero que gane la tienda y las empresas, y de prestarles dinero cuando a estas les haga falta para asegurar su producción.

Para que quede claro, cuáles son las raras cosas que vende el gobernante, entre estas está un líquido negro, apestoso y muy pegajoso que se esconde debajo de los lugares más exóticos del pequeño pueblo; ahí donde solamente viven los animales fantásticos y las plantas más desconocidas, como los jaguares, los delfines rosados, las ranas multicolores y las orquídeas de todas las formas imaginables. Pese a que es apestoso y viscoso, y tiene la potencialidad de ensuciar para siempre cualquier cosa que toque, a los gobernantes de otras ciudades les gusta comprar ese líquido, ya que dicen que les ayuda a mover sus máquinas, carros y aviones. También vende una serie de piedras brillantes que salen de la barriga de las montañas; algunas veces las piedras son doradas, otras veces plateadas y otras veces, de muchos otros colores y diversidad de formas.

No obstante, a los ancianos del pequeño pueblo no les agrada que el gobernante saque y venda el líquido negro y las piedras brillantes de la barriga tierra; dicen que a nadie le gustaría que le abran sin permiso la barriga para sacarle cosas de adentro, ni que le abran las venas para robársele la sangre; al parecer, el líquido negro es la sangre de la tierra, y las piedras brillantes son los órganos de las montañas; supongo que las doradas son su corazón; las plateadas, sus pulmones y el resto, quizás su hígado, riñones y demás . Debo admitir, que en ocasiones pienso

que los ancianos tienen razón, y la tierra y las montañas algún día se enojarán por todas las cosas que le hacemos.

Ahora bien, no todo el dinero que usa el gobernante para hacer escuelas, hospitales y parques viene de la sangre de la tierra y de los órganos de las montañas. También las 17 familias que son propietarias y trabajadoras de la tienda, el banco, la empresa de vestimenta y la de construcción, dan parte de sus ingresos al gobierno para ayudar a hacer esas cosas. A ese dinero que entregan las 17 familias se le llama impuesto, y debe ser usado para la educación, la salud y la diversión de los habitantes de las cabañas.

A este punto, ya debieron darse cuenta que en el pueblo todos dependen de todos. La tienda, las empresas y el banco le dan trabajo a las 17 familias y le pagan a fin de mes un salario en *washingtons* para que aquellas compren comida, ropa, zapatos, arreglen sus casas y guarden lo que sobra. Las familias, por su parte, son las que permiten que la tienda, las empresas y el banco sigan funcionando, porque son las que se pasan todos los días, al menos por ocho horas, cultivando y cosechando los vegetales y cuidando los animales que se venderán como alimentos en la tienda; cocinando la ropa y los zapatos que se producen en la fábrica de vestimenta; pegando los bloques y levantando las paredes que se le encargan a la empresa de construcción, y atendiendo a los clientes del banco.

También los trabajadores son los que compran la mayoría de las cosas que la tienda y las empresas producen, porque como todos sabemos las tiendas, las empresas de vestimenta y de construcción y el banco nunca sienten hambre ni frío, por lo que no están necesitados de comprar comida, ni ropa, ni zapatos; aunque hay que admitir que, si construyen y reparan sus edificios, y también depositan y prestan dinero al banco.

Entonces sin tienda, empresas y banco no habría trabajo ni sueldo para las 17 familias; pero sin trabajadores no habría quien produzca alimentos y ropa, construya paredes y atienda a los clientes del banco. Ni quien compre la comida de la tienda, la ropa de la empresa de vestimenta, y en su mayoría, le solicite reparaciones y construcciones a la empresa de construcción, y deposite su dinero y haga préstamos.

Asimismo, sin trabajadores y empresas, el gobernante no tendría a quién cobrarle los impuestos para hacer nuevas escuelas, hospitales y parques; y sin pagar impuestos, ya no habría más lugares para educación, salud y diversión; porque como antes se dijo, aunque muchos dicen lo contrario, nos hemos dado cuenta que a las tiendas, las empresas y al banco no les llama mucho la atención educar, sanar y divertir a las personas, sino producir y vender, por lo que es preferible que aquello lo haga el gobernante, caso contrario, tampoco tendría sentido que este exista.

Finalmente, si el gobernante no invierte el dinero que obtiene de las cosas raras que saca de debajo del suelo y de la barriga de las montañas, en hacer las cosas que le encomendaron los habitantes de las cabañas, es decir, administrar la ciudad y velar por el bienestar de ellos; los habitantes de las cabañas serían personas ignorantes, enfermas y tristes, y no podrán trabajar como antes lo hacían, disminuyendo la producción de las empresas y el banco; y en consecuencia, disminuyendo los ingresos que por impuesto quisiera cobrar el gobernante.

Además de que el hecho de que la tienda, las empresas y el banco del pueblo no produzcan lo suficiente como antes, hará que no sea posible venderle ropa, comida o prestarles dinero a otras ciudades del más al sur o más al norte; haciendo que, de hecho, sean los habitantes de las

cabañas lo que tengan que salir a otras ciudades o pueblos de más al sur o más al norte a comprar comida, ropa y prestar dinero.

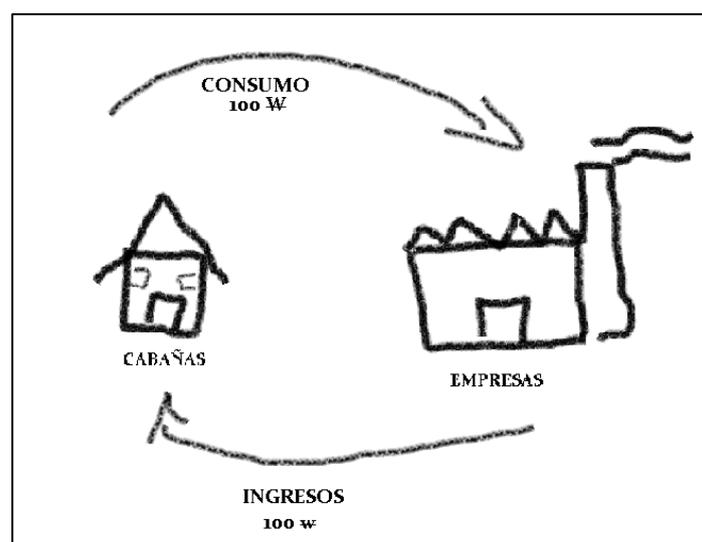
Como lo pudieron ver, todas las cosas en la ciudad están conectadas, las compras de los habitantes de las cabañas con la producción de las empresas y su capacidad para abastecer al pueblo, así como con la capacidad de las empresas de pagarle el sueldo a sus trabajadores; y esto a su vez con la posibilidad de pagar impuestos al gobernante, y que este pueda invertir ese dinero para más escuelas, hospitales y parques.

Nota del autor: Este “cuento” lo escribí para mi hermana de nueve años, para que entienda como funcionaban las dinámicas económicas en un país; debo aclarar que lo hice porque unos días antes me había preguntado qué significaba “inversión”, y creí que solo era posible explicarle ese concepto a partir de la exposición de todo el engranaje circular de la economía.

Mi cuento, no fue lo suficientemente llamativo para ella, apenas íbamos por la parte de la moneda y me cambió de tema, me dijo que debíamos empezar a coleccionar todos los distintos modelos de las monedas de 25 centavos de *washingtons*, porque se había dado cuenta que venían de muchas formas, con distintos personajes, mapas y paisajes, hasta me trajo una botella vacía de leche para empezarlas a poner ahí.

Cuando eso paso, creí que ya no le importaba descubrir que significaba “inversión”, pero cuando me pidió que en lugar de contarle un “cuento” le dibujé las cosas en un papel, entendía que seguía interesada sólo que mi cuento no era lo suficientemente llamativo para ella, quizá porque a mi edad ya se me olvidó qué es lo que les gusta a los niños, o simplemente porque no soy un buen cuentista.

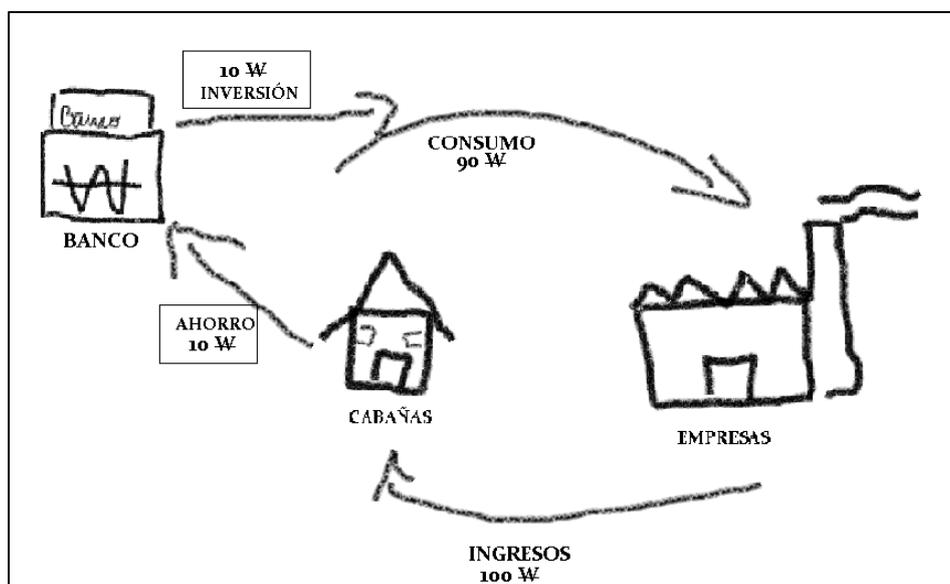
Guardo la esperanza de que a diferencia de lo que pasa con mi hermana, ustedes si hayan entendido el cuento y la relación que tienen entre si las dinámicas económicas; sin embargo, para no arriesgarme, expondré a continuación los dibujos que le hice. **Fin de nota del autor.**



Para responder a la tarea encomendada por mi hermana, le hice el siguiente dibujo, y le dije que los principales elementos para entender la economía del pueblo, eran las cabañas y las

empresas. De esta manera, si los habitantes de las cabañas le compraban a la tienda y a las empresa, alimentos, ropas y reparaciones por un total de 100 *washingtons*; las empresas iban también a tener 100 *washingtons* para pagar en salarios a sus empleados e inclusive en bonos. Le expliqué que el comprar comida, ropa y contratar reparaciones se llamaba consumo, y que los sueldos y bonos se llamaban ingresos, porque “ingresaban” al bolsillo de los habitantes de las cabañas.

A ella le gustó mi dibujo, pero me hizo dos preguntas muy interesantes. Primero me preguntó si comprar juguetes y libros también se llamaba consumo; le respondí que sí, que básicamente la compra de cualquier cosa era un consumo. Luego me preguntó, que qué pasaba si los hombres de las cabañas o las empresas decidían no gastar sus 100 *washingtons* en compras. Esta segunda pregunta era más difícil de contestar así que le hice otro dibujo.



En base a este nuevo dibujo, para responder su segunda pregunta, le dije lo siguiente: Si los habitantes de las cabañas decidieran consumir solo 90 *washingtons* de los 100 que reciben, eso conllevaría a que las empresas sólo vayan a tener 90 *washingtons* para devolvérselos en ingresos a sus trabajadores, sea como sueldos o como bonos; en resumen, la baja del consumo implicaría una baja en los ingresos de las familias; en resumen, habría menos dinero circulando en el pueblo, y su economía habría empezado hacerse más chiquita. Pero como en el pueblo de mi cuento hay un banco, los 10 *washingtons* que no decidieron gastar los habitantes de las cabañas probablemente irían a parar ahí, en forma de ahorro.

En este momento, mi hermana me interrumpió y me dijo que sí sabía lo que era un banco – recuerden que ella no escuchó esa parte del cuento, porque solo me dejó llegar hasta el asunto de las monedas; me dijo que mi mamá le había dicho que los bancos eran una gran alcancía donde la gente guardaba su dinero; le respondí, que en efecto los bancos era algo parecido a una alcancía, pero que además eran algo más.

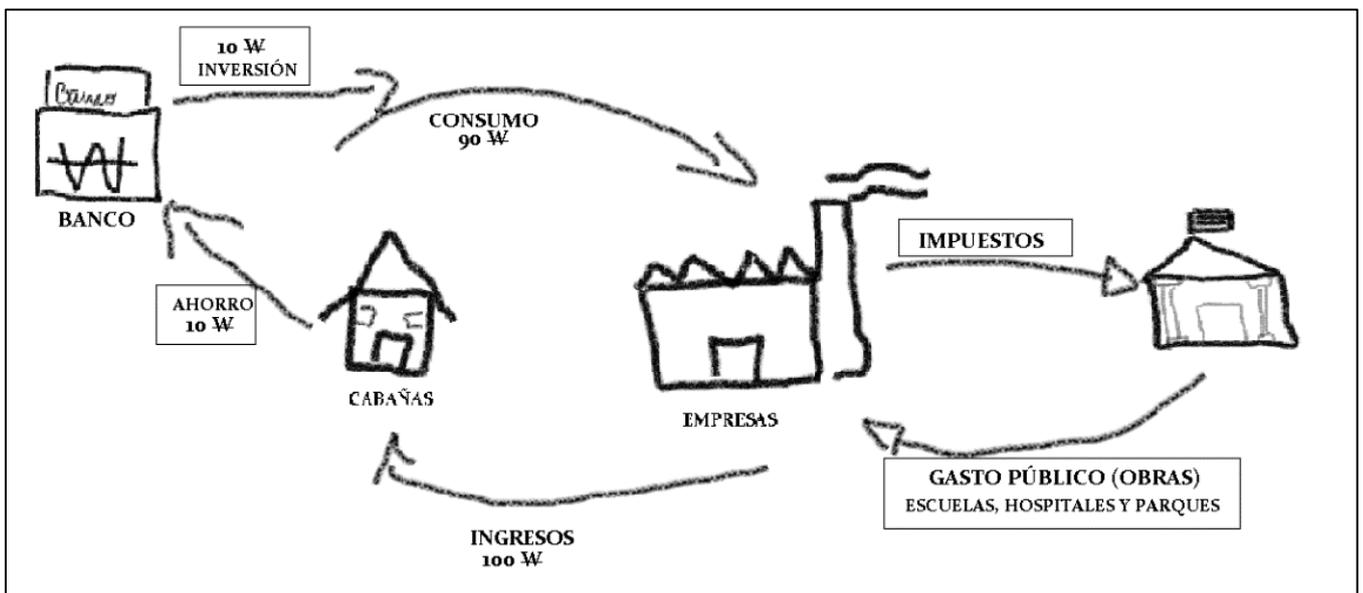
Luego de la breve interrupción de mi hermana, continúe con la explicación del dibujo, y le dije que los 10 *washingtons* que entraron al banco, a diferencia de lo que pasa en una alcancía no se van a quedar ahí hasta Navidad o Fin de año, sin que nadie los haya podido ver o tocar. Y proseguí explicándole, que el banco estaba autorizado para prestar el dinero que las personas ponen ahí, a otras personas que lo necesitaran, y como en este caso los habitantes habían empezado a

consumir menos, era lógico que quienes lo necesitaban eran las empresas, las cuales iban a utilizar el dinero que el banco les había prestado, para pagar los sueldos y bonos de sus trabajadores y continuar con la producción de comida, vestimenta y construcción. Para concluir, le dije que justamente eso que había pasado entre los bancos y las empresas era lo que se llamaba “inversión”; que se le podía decir “inversión” a cualquier forma en la cual alguien se encargase de hacer entrar el dinero que hacía falta en el pueblo, pero que para el caso de nuestros dibujos le íbamos llamar “inversión” solamente a lo que pasaba con el banco.

Sin embargo, a mi hermana no le quedó claro el tema de la inversión, me preguntó que si solo se llamaba inversión cuando se le prestaba a las empresas, y que si los bancos también les prestaban a las personas. Caí en cuenta en mi error, y respondí diciéndole que no solo los habitantes podían modificar el círculo de consumos e ingresos, que de hecho a veces pasaba al revés, eran las empresas las que en algunas, movidas por un ánimo de tener más riquezas, devuelven menos dinero en sueldos y bonos, del que reciben por consumo.

Mi hermana me preguntó por qué pasaba esto último; yo, le dije que algunas empresas creían que podían ganar mucho dinero de esa forma, ella me contestó que era un poco tonto por parte de las empresas, porque si hacían eso la gente no les iba a poder comprar las cosas que vendían. Me di cuenta de que empezaba a comprender el dibujo, y le dije que tenía razón, pero que se suponía que en esos casos el banco debía prestarles dinero a los habitantes de las cabañas.

Entonces ella se sintió satisfecha de la explicación de lo que era la “inversión”, y se iba a ir a seguir jugando o probablemente a empezar su colección de monedas de 25 centavos de *washingtons*, pero le pedí que se quedara que faltaban otras cosas por explicarle. Como, por ejemplo, de donde sale el dinero para hacer escuelas, hospitales y parques; y a ella le gustó la idea de conocer de donde salía ese dinero, y se decidió quedar para ver mi nuevo dibujo.

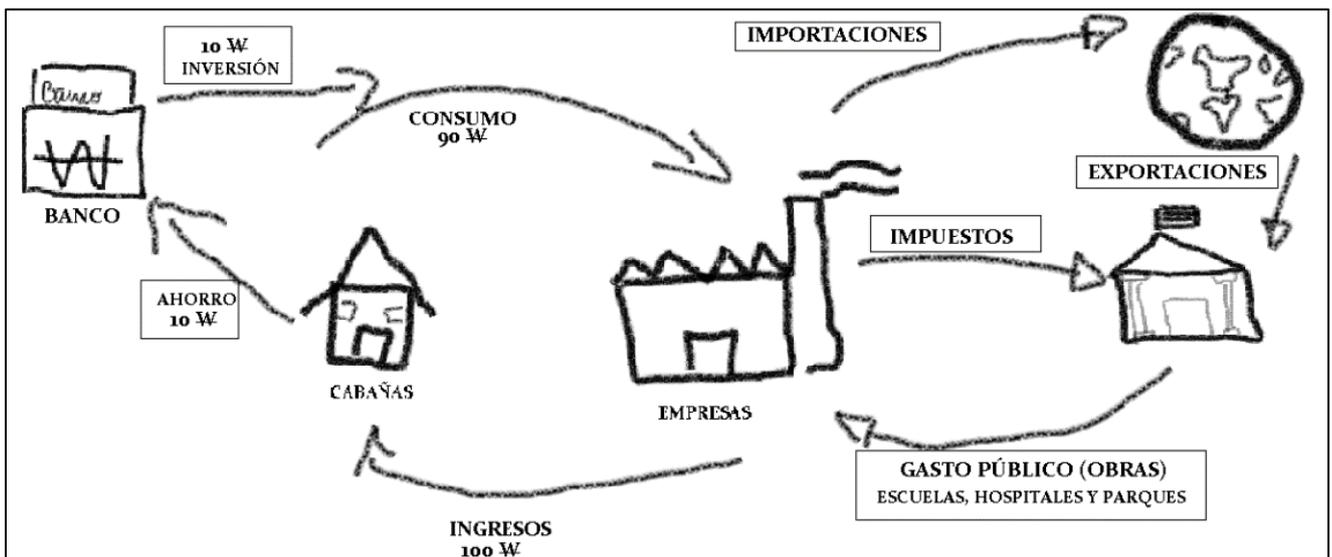


Empecé explicándole que en el pequeño pueblo las personas habían decidido elegir un gobernante para que administre el pueblo y vele por el bienestar de los habitantes de las cabañas. Después le comenté que, al gobernante, tanto las empresas como los habitantes de las cabañas le daban una parte de sus dineros. Iba a continuar explicándole la función básica de los impuestos cuando fui interrumpido por una queja de mi hermana; ella me dijo que le parecía injusto que el gobierno tomara el dinero de las personas y de las empresas sin hacer nada o

darles algo a cambio; le dije que en efecto un gobierno que cobra impuestos y no lo devuelve de alguna manera a las personas es un gobierno injusto; por eso le expliqué que la función del gobierno era utilizar ese dinero que le daban los habitantes y las empresas, para hacer obras, como escuelas, hospitales y parques. Ella me preguntó que qué pasaba si un gobierno no hacía escuelas, hospitales y parques, yo sabía que ella ya tenía una respuesta, así que le devolví la pregunta ¿Tu que piensas? Que es un mal gobierno-ella me dijo-, yo le dije que estaba de acuerdo con su conclusión.

Iba a pasar a explicar la última cosa, cuando me volvió a preguntar algo, esta vez me dijo que si los pobres también debían pagar impuestos, que cómo pagarían impuestos los pobres, si ellos no tienen dinero; nuevamente quise que ella se respondiera a sí misma, y le pregunté que qué lo que ella creía. Ella me contestó, diciéndome que los pobres no debían pagar impuestos; lo que le refuté diciéndole, que si no pagaban impuestos no habría dinero para obras; a lo que inmediatamente respondió- Que lo paguen los otros. ¿Quiénes le dije? – El resto de los habitantes de las cabañas y las empresas. Sólo para llevarla al límite repuse diciéndole, no crees que si los habitantes de las cabañas y las empresas pagan esa parte de los impuestos se volverán más pobres, a lo que ella respondió afirmativamente mostrándome que concordaba conmigo; entonces, la cuestioné diciéndole que qué debíamos hacer, ella respondió diciendo algo que no me hubiera esperado, me dijo que los impuestos que no podían pagar los pobres lo debían pagar los más ricos. Pregunte que quienes eran los más ricos, ¿los habitantes de las cabañas o las empresas?, ella me contestó que las empresas, pero que había empresas más ricas que otras, y que eran esas las que debían pagar. A ese punto, concluí que jamás había visto una economista tan inteligente de tan solo nueve años.

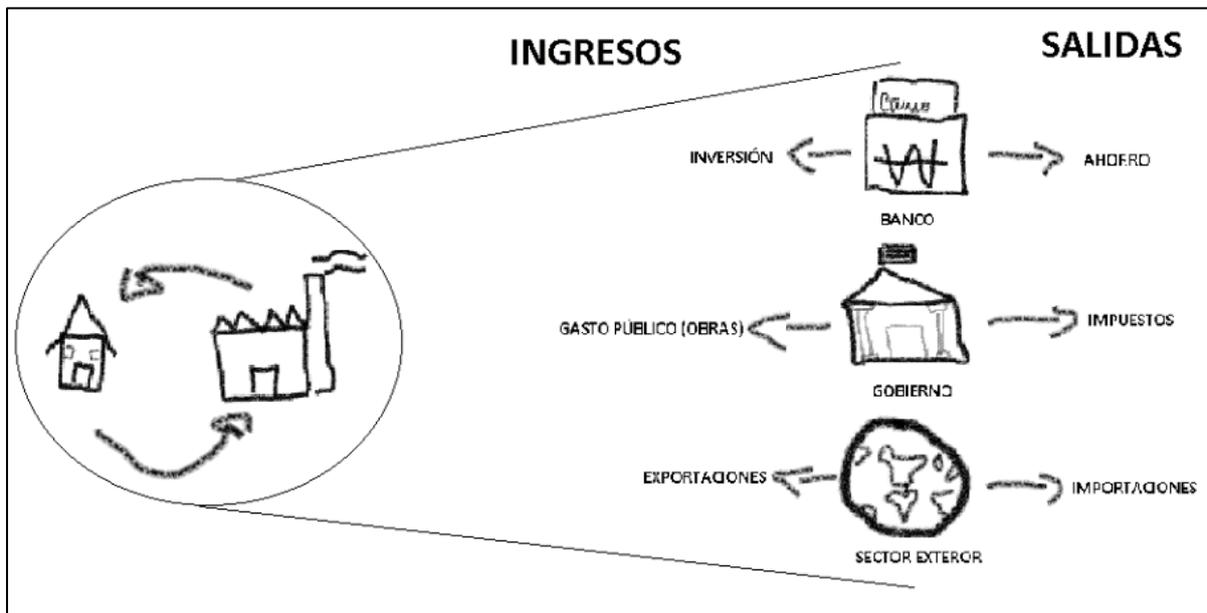
Seguramente mi cara de sorpresa fue bastante obvia, que siendo cuanto me había sorprendido con sus respuestas, se puso algo airada y prácticamente me ordenó que terminara con la explicación, ahora ella se creía más inteligente que yo, y si hacemos una medición proporcional con la edad, creo que no se había equivocado. Entonces hice mi penúltimo dibujo:



Le recordé a mi hermana que en el pueblo soló había tres tipos de comercio, una tienda de víveres, una empresa de vestimenta y una de construcción. Que, por lo tanto, no había ninguna fábrica de juguetes o de teléfonos, radios y televisores; le pregunté que como debíamos hacer para que la gente de las cabañas pueda conversar con sus familias que viven lejos, escuchar musica y ver una serie. Ella respondió que podíamos comprar esas cosas en otros pueblos y ciudades, y yo estuve inicialmente de acuerdo con la respuesta. Pero le dije que, si nos pasábamos comprándole a otros países, nos íbamos a gastar todo el dinero que habíamos conseguido dentro del pequeño pueblo, y que llegaría un momento en el cual no habría dinero para que los habitantes de las cabañas les compren cosas a las empresas, y para que las empresas les paguen sus sueldos y bonos a los trabajadores. Por eso era necesario que el pueblo también venda cosas a otros países.

Ella estuvo de acuerdo con mi razonamiento, dijo que el pueblo debía venderle comida, ropa, zapatos y hacer construcciones en otros países para que el dinero de esas otras ciudades sea una nueva forma de ingreso. Me agrado la lógica que empleó, pero le comenté que las principales cosas que vendía el pequeño pueblo a los pueblos y ciudades de otros países, no eran los productos de los tres comercios, sino las raras cosas que sacaban de debajo de la tierra y de la barriga de las montañas; ella al igual que los ancianos del cuento estuvo molesta, y dijo que era preferible que no se vendan esas cosas que lastimaban al suelo y a las montañas, que debíamos hacer cosas como en otros países (refiriéndose a los celulares, televisores, etc.) para también poder venderlas. Estaba claro, entendía las cosas mucho mejor que yo.

Para finalizar le dije que las flechas que hicimos en los dibujos nos ayudaban a entender que hay cosas que sacan dinero del pequeño pueblo y otras que lo ingresan, y que si conocíamos como funcionaban podíamos tomar mejores decisiones para la economía del pueblo; e hice el que creería sería mi último dibujo:



Le aseguré que, si recordaba este dibujo, algún día podría tomar o ayudar a tomar muy buenas decisiones para el bienestar del pequeño pueblo. De esta manera le explique que si algún día la economía del pueblo se hacía más chiquita, ella debía de asegurarse de aumentar las inversiones, el gasto público y el número de exportaciones, y reducir el ahorro, los impuestos y el número de importaciones, para que así vuelva a tener su estatura normal;

Luego de decirle esto, pensé que había terminado la clase más fructífera que había tenido con una estudiante de tan corta edad; pero ella me detuvo y me pidió que le entregase todos los dibujos que había hecho para guardarlos y enseñárselos más tarde a mi papá y a mi mamá, a fin de que ellos la feliciten por las importantes cosas que había aprendido. Sabía que a diferencia de las felicitaciones que recibiría ella, a mi me reprocharían intentar enseñarle ese tipo de cosas a una niña. Mi papá es de aquellos que piensan que los niños deben usar la mayor parte de su tiempo para jugar y dibujar cuantas cosas recoja su imaginación, en lugar de empecinarse en la geografía, la historia, el cálculo y la gramática; sí, exactamente cómo piensa el Principito de Saint Exúpery.

Una vez que tenía los dibujos en su posesión me pidió que le lea el cuento que le había hecho, ante lo cual procedía a leerse; al terminar, me dijo que no era un cuento, solo la explicación de mis dibujos, que para ser un cuento debía tener una moraleja, y que además que ni mi cuento ni mis dibujos podían ayudar al pequeño pueblo con lo que pasaba en las noticias, porque ahí no se decía ¿Qué hacer si llegaba el coronavirus?

Esa última pregunta fue como un balde de agua fría, era cierto, mi cuento no tenía ni moraleja y era inútil no respondía qué se debía hacer frente a la principal amenaza de la actualidad. Me propuse un último intento de mejorar mi cuento y responder a esa pregunta.

La continuación de mi cuento es la siguiente:

A finales de diciembre llegaron al pueblo las noticias de que, en la ciudad de la muralla, una ciudad muy distante del pequeño pueblo, que quedaba al otro lado del Gran Charco, había aparecido una nueva enfermedad que le impedía a las personas respirar y que en ocasiones les causaba la muerte. Pasaron solo unos días, para que las nuevas noticias informen que la enfermedad ya había llegado a las ciudades del Continente Antiguo, y así, como pasó hace más de 500 años, cuando llegaron en barco desde esas ciudades, la viruela y el sarampión, esta vez llegó en avión aquella rara enfermedad respiratoria.

Los principales afectados fueron las familias cuyas cabañas quedaban más cerca del río, se enfermaron muchos y murieron muchos; nadie creía las cifras del gobernante que decían que las muertes eran muy pocas; quizá alguien le hubiera creído de no ser por las personas muertas que se encontraban tiradas por las calles, y los cadáveres de otras muchas que aguardaban por días para ser retirados de las casas de sus familias. Pronto el gobernante decidió ordenar que todas las personas se quedarán en sus casas, para evitar nuevos contagios, pero ya era demasiado tarde había miles de contagiados en las cabañas más cercanas al río.

Los habitantes de las cabañas tuvieron miedo de quedarse sin sus ingresos, porque como todos saben, ellos trabajan para la tienda, la empresa de construcción, la empresa de vestimenta y el banco; así, si no salían de sus casas no podían trabajar y si no trabajan no tendrían dinero para comprar comida, ropa, zapatos y arreglar sus casas cuando fuese necesario. Lo que además implicaría que la tienda, las empresas y el banco del pueblo se vean en graves aprietos puesto que no había nadie que les ayudara a producir con su trabajo, y a obtener dinero con sus ventas; y como antes se dijo, en el pueblo todo está conectado, por lo que sin consumo no habría ingresos, y sin ingresos no habría consumos. Por estas razones, muchos de los habitantes desobedecieron la orden del gobernante, y salían a las calles para poder trabajar o vender alguna cosa que tenían en sus casas; muchos de ellos se enfermaron por desobedecer la orden, y los que no se enfermaron terminaron en la cárcel por desobedecer al gobernante.

Pero no solo los habitantes entraron en desesperación; a pesar de que los habitantes de las cabañas siempre han sido buenos trabajadores, los propietarios de la tienda, las empresas y el banco, ante la falta de consumo que provocaba la paralización de los trabajos, tuvieron miedo de que sus negocios quebraran y creyeron que una buena solución para el problema, era el aplicar una vieja y escondida ley que se encontraba en el artículo 961 de la *Ley de trabajos*, la cual establece que las tiendas, las empresas y los bancos pueden despedir a sus trabajadores si ocurre un evento de caso fortuito o fuerza mayor, la forma difícil que se usa para hablar de terremotos, plagas, incendios o raras enfermedades respiratorias que llegan en avión.

El gobernante, no obstante, de haber sido elegido por la mayoría de las 17 familias que habitaban las cabañas y que trabajan en la tienda, las empresas y los bancos, no hizo nada para impedir sus despidos, solamente emitió un documento que decía, que las tiendas, las empresas y el banco si decidían despedir a un trabajador, debían informárselo dentro de las 24 horas - 24 horas, son las horas que tiene un día-.

Claramente los dueños de la tienda, las empresas y el banco no habían leído la primera parte de mi cuento ni revisado los dibujos que le hice a mi hermana, porque de haberlo hecho entenderían que despedir trabajadores sería cortar los ingresos a las familias que habitan las cabañas, lo cual disminuiría sus niveles de consumo, lo que a su vez provocaría que cada vez haya menos personas comprándoles comida, ropa, zapatos o contratando reparaciones para sus casas. Solo habría bastado mi primer dibujo, para que los dueños de los negocios pudieran entender que reducir los ingresos de las familias disminuiría los niveles de consumo, y por ende la demanda de producción de sus empresas. Y fue entonces cuando sucedieron los despidos, y pasó lo que cualquier economista de nueve años habría podido predecir; no hubo más dinero para consumir, y la tienda y las empresas, ya no tenían a que venderle y dejaron de producir.

Sin embargo, el problema con los despidos no fue tan solo que el consumo se disminuyó y con ellos la demanda de producción de las empresas y sus ingresos, sino que al bajar los niveles de producción de las empresas hubo escasez de comida, ropa y de reparaciones de casas; lo que llevó a los pocos habitantes de las cabañas, que todavía tenían capacidad para consumir, a empezar a comprar en otras ciudades, aquellas cosas que no vendían la tienda y las empresas del pequeño pueblo, lo cual aumentó las importaciones en el pequeño pueblo, e hizo que haya más salidas de dinero y que la economía se siga haciendo más chiquitas; y ya que la moneda que ahora tiene el pequeño pueblo son *los washingtons* y no *los mariscales*, el gobernante no pudo hacer nada para hacer que la gente deje de comprar en los pueblos y ciudades de otros países. – Había olvidado decirles que, de tener una moneda propia como el *Mariscal*, el gobernante habría podido hacer que esta “pierda valor”, y así evitar que la gente compre en otras ciudades, porque los productos de esas ciudades serían más caros, en comparación con los del propio pueblo-.

Después de esto, el miedo se apoderó de los habitantes de las cabañas que fueron despedidos, por la incertidumbre de lo no saber lo que pasaría en el futuro, puesto que ya no tenían trabajo y los números de contagiados y muertos por la rara enfermedad respiratoria seguían aumentando; muchos pensaron que lo mejor que podrían hacer con el poco dinero que les quedaba, sería guardarlo en el banco, para que ahí, dentro de la gran caja fuerte de concreto y hierro, no haya forma de que se gaste. Y así lo hicieron, la gran caja fuerte del banco casi se llenó del dinero que pusieron allí los trabajadores.

El mismo miedo, embargó a los dueños de la tienda y las empresas, quienes al darse cuenta de que ya nadie les compraba, también decidieron ahorrar el poco dinero que le quedaba, y no

invertir más en la producción; dándose recién cuenta de que ellos mismos habían provocado que no haya personas con los ingresos suficientes para comprar la comida, la ropa, los zapatos y contratar las reparaciones y las construcciones que ofertaban.

Finalmente, el gobernante al notar que las piezas fundamentales de la economía del pueblo se habían contraído – es decir se habían hecho más pequeñas, porque ya no circulaba mucho dinero-, se dio cuenta que recaudaría menos por los impuestos existentes, y se le ocurrió poner unos nuevos, para ver si así podía obtener más dinero con el cual construir escuelas, hospitales y parques. Esto provocó, que el poco dinero que aún tenían los trabajadores y las empresas se gastará de a poco en el pago de impuestos.

Y nadie en el pequeño pueblo, hizo o dijo nada para que las cosas cambien, nadie consultó a ninguna economista de nueve años para enterarse de lo que debían, y no pasó mucho tiempo para que aquel pequeño pueblo, con el río más hermoso de la región y la montaña más cerca de las estrellas estuviera como hace 20 años, al borde de que su economía desaparezca, y esta vez a nadie se le iba a ocurrir que la solución sería adoptar el *Washington*, porque el pequeño pueblo ya lo tenía, y no había servido de nada para evitar su catástrofe.

Fin

Moraleja: Si la tienda, las empresas, el banco y el gobernante habría revisado el último dibujo que le hice a mi hermana, se habría dado cuenta que todos contrariamente a lo que debían hacer. Las empresas despidieron a sus trabajadores, lo que llevó a que estos no tuvieron dinero para consumir, lo que a su vez provocó que ellos deban dejar de producir y disminuyeran sus ingresos. Ante la escasez de comida, ropa, zapatos y constructores, los habitantes de las cabañas tuvieron que comprar cosas en ciudades extranjeras, aumentando las importaciones, y ya que la moneda del pueblo era extranjera, el gobernante no pudo devaluarla para desincentivar la importación. Finalmente, todos ahorraron, nadie quiso invertir y el gobernante aumento los impuestos. Es decir, hicieron todas las cosas que están marcadas en el dibujo como salidas: ahorros, importaciones e impuestos; lo cual provocó que la economía que se había hecho pequeña producto de la rara enfermedad respiratoria se haga aún más pequeña, y que ya no solo sean las personas las que estuvieran enfermándose y muriendo, sino que también se enfermara y muriera la propia economía.

El problema es que mientras la rara enfermedad respiratoria es provocada por un virus tan pequeño y desconocido, que por ser tan pequeño no podía ser atrapado, y que por ser tan desconocido nadie ha inventado una vacuna para curarse; ante la enfermedad de la economía del pequeño pueblo, solo habría bastado con revisar el dibujo que tenía en sus manos la economista más inteligente de nueve años que jamás ha existido, o por lo menos consultarle a ella lo que se debía de hacer.

Nota del autor: Volví a leerle el cuento a mi hermana con la segunda parte que escribí, me dijo que todavía no tenía una verdadera moraleja, y que no le gustaba el hecho que el final sea triste; opinión que no iba cambiar, sin importar que haya alabado su inteligencia como pequeña economista. Me dijo que si entendía que el pequeño pueblo era Ecuador, y que no quería que ese sea el final para nuestro país.

Me pidió que le saquemos copia a los dibujos y se los entreguemos a los dueños de las tiendas, las empresas, el banco y al gobernante, para que puedan comprender lo que debían hacer. No

pude decirle que quizá ya sea tarde, que hace algunos días que los empresarios habían empezado a recrear el cuento en la realidad, aplicado el artículo 961 de la *Ley de trabajos*, y que parecía que el gobernante haría algo similar con los trabajadores ocasionales de las cosas que el administra; pero hubiera sido demasiado cruel de mi parte, ya la había hecho poner lo suficientemente triste con el final de mi cuento, que no quería que se ponga aún más triste con la realidad. Así que le prometí que les sacaré muchas copias a los dibujos y al cuento, y que se los llevaré a los empresarios, banqueros y al gobernante, y especialmente a los habitantes de las cabañas que conforman las 17 familias del pequeño pueblo.

Espero que esta publicación esté cumpliendo con mi promesa. **Fin de nota del autor.**

Realidad:

Si bien, los despidos han empezado desde hace algunos días, creo que a diferencia de lo que pasa con los cuentos que una vez escritos y contados no pueden ser cambiados, puesto que no sería llamándose Pinocho el cuento donde un niño de carne y hueso se hace de madera, o la Bella Durmiente, un cuento donde a la princesa le cuesta mucho dormir; la realidad es un devenir que se moldea por la voluntad de las personas; estoy convencido que el futuro, contrariamente a lo que muchos pueden llegar a pensar, es un acto de decisión, y no un destino impuesto, que se encuentra escrito en la forma de un cuento milenario.

Supongo que después de todo no resultó ser tan difícil la economía, lo creo porque he visto a una niña de nueve años entender el flujo circular de la economía y cómo interactúan los procesos de consumo, inversión, gasto público, exportaciones netas y tributación; o probablemente esté equivocado y sea que en realidad la economista más inteligente de la historia ahora tiene nueve años y vive en mi casa, y es más inteligente que todos los dueños de las tiendas, las empresas, el banco y el propio gobernante. Si es así, les pido que revisen los dibujos que hice, ahí se darán cuenta que lo que menos necesita la economía son desempleos, porque aquello disminuirá los consumos y eso hará caer la producción.

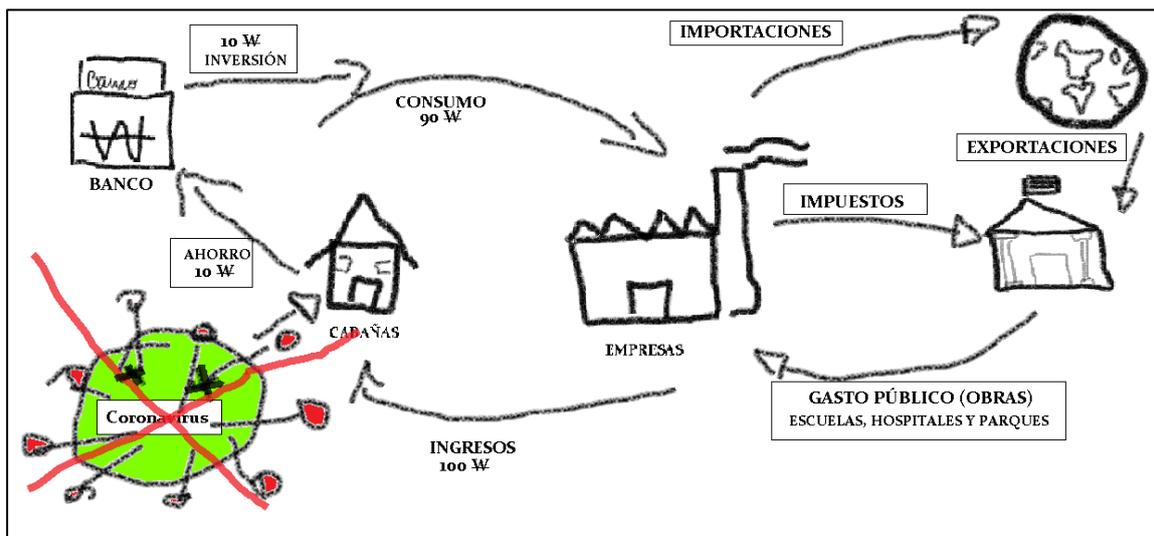
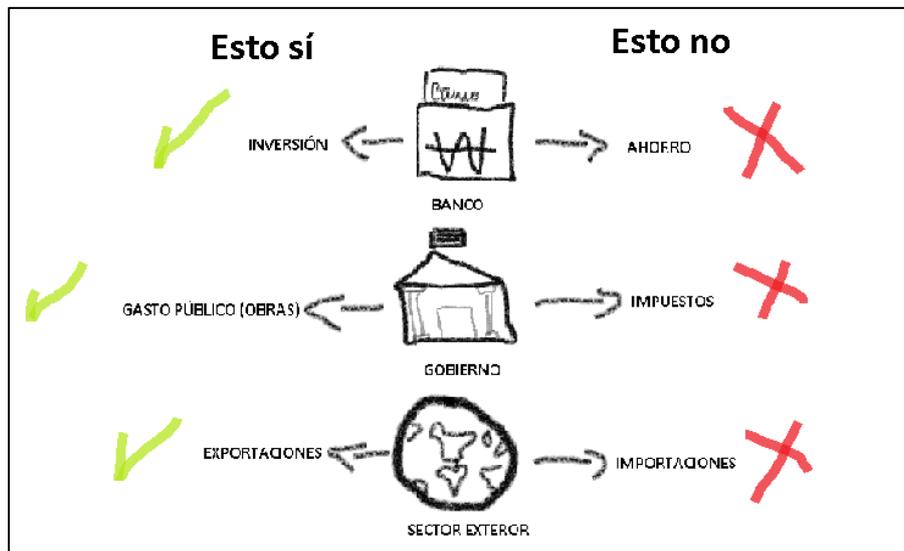
Tampoco se necesita más ahorro, contrariamente a esto, harán falta más que nunca fuertes inversiones por parte de los bancos; si acaso recuerdan que el dinero de los bancos le pertenece a los trabajadores y a las empresas, ahora más que nunca se necesita que ese dinero vuelva en la forma de inversión en favor de sus titulares, los trabajadores y las empresas, a través de préstamos a tasas muy bajas de interés, lo que ayudará a mantener los niveles de consumo y a que las empresas puedan seguir pagando los sueldos a sus trabajadores.

De igual manera, se deben limitar las importaciones y cualquier tipo de salida de dinero al exterior, porque aquello provocará que se siga contrayendo la economía del país, y dado que ya no tenemos *mariscales* sino solamente *washingtons*, y por lo tanto carecemos de una política monetaria, esto deberán hacerlo imponiéndose restricciones a las importaciones y aumentando los aranceles.

Por último, evitar a toda costa la imposición de nuevos impuestos, en lugar de eso se debe lanzar a la sartén toda la cantidad posible de gasto público, especialmente en el área de salud; y si es inevitable imponer nuevos impuestos, que se siga la regla que descubrió por sí sola mi hermana: "nunca impuestos a los pobres y la mayor carga impositiva a las grandes empresas".

Para concluir he hecho dos dibujos, uno que resume todo lo que aquí he dicho, para que los dueños de la tienda, las empresas y el banco, y el gobernante lo puedan recortar y llevarlo en

sus carteras para poder tomar mejores decisiones ante los problemas de la economía; y otro, que creí que le debía a mi hermana, uno en el que el coronavirus es vencido y donde cuento tiene un final feliz.



Paz y Bien.

Venceremos.